

APUNTES HISTORICOS
AL FREUDOMARXISMO

ANTONIO CAPARROS
Departamento de Psicología
Universidad de Barcelona



La literatura psicológica, sociológica y antropológica se ha visto enriquecida en la última década con un buen número de obras de orientación freudomarxista. Durante los últimos años se ha producido el interesante fenómeno de que junto a una literatura caracterizada por una actitud claramente crítica respecto al psicoanálisis desde unos presupuestos metodológicos marxistas, hemos experimentado también un movimiento de clara aproximación entre freudismo y marxismo, aproximación debida en buena parte a quienes mantienen que ambos constituyen las dos teorías críticas por excelencia. Un movimiento inicialmente esperanzador, ciertamente, que se alimentaba de la convicción de que Freud y Marx iban a poder ser leídos hermanadamente por el simple hecho de que ambos admiten una lectura crítica.

A pesar de las esperanzas iniciales somos de los que piensan que el movimiento no ha producido resultados concretos que hayan avalado con resultados empíricamente constatables sus planteamientos iniciales, sin que esto signifique que dichos planteamientos no mantengan su valor y su posible fecundidad a la espera de la elaboración de unos programas de investigación empírica que los corroboren. Al mismo tiempo somos de la opinión de que la mera presencia del movimiento es ya en sí un logro importante, por cuanto ha podido traer consigo una profundización mayor —positiva y negativamente— en los aspectos antropológicos del marxismo y en los sociológicos del psicoanálisis.

Con todo, quizá uno de los resultados más interesantes del movimiento mencionado haya sido el desenterramiento de la literatura freudomarxista de los años veinte y treinta. Un Reich casi olvidado hace unos diez años ha venido a ocupar un lugar preeminente en nuestros catálogos bibliográficos, y con él el «primer» Fromm, Bernfeld, etc. En las reediciones de sus obras no han faltado algunos —aunque escasos— buenos prólogos históricos. No obstante, un tratamiento global y completo del significado *histórico* de aquel movimiento creemos que no ha sido emprendido entre nosotros a pesar de que hubiese tenido un lugar importante que ocupar entre los factores decisivos a la hora de comprender la obra de aquellos primeros freudomarxistas y de hacer más fecundos los planteamientos actuales.

Es a este intento de comprensión histórica a lo que apuntan las líneas que siguen, las cuales las hemos dividido en tres partes fundamentales. Las dos primeras están orientadas a la presentación histórico-crítica de los antecedentes, en el ámbito de las relaciones marxismo-psicoanálisis, que precedieron la obra de los primeros freudomarxistas: Reich, Fromm, Fenichel y Bern-

feld. La tercera presenta desde la misma perspectiva la obra de este grupo de psicoanalistas de orientación marxista. Hemos de reconocer que estas líneas no hubiesen sido lo que en realidad son sin la lectura previa de los escritos de Helmut Dahmer sobre el tema.¹ Sin embargo, éstos, aunque difícilmente superables en riqueza de información y en algunos casos en profundidad de análisis, creemos que pueden ser introducidos en un contexto psicológico-histórico más amplio y adecuado, empeño que esperamos llevar a cabo en las líneas que siguen.

1. LAS PRIMERAS APROXIMACIONES AL MARXISMO DESDE EL PSICOANÁLISIS

Psicoanálisis y fenómenos revolucionarios

A Freud le gustaba alardear de talante liberal de la vieja escuela. Con un hombre de su estilo al frente, difícilmente podía esperarse que el movimiento psicoanalítico diese un eco adecuado a la temática y a los planteamientos marxistas. Al menos durante sus primeros años, cuando el imperio de Freud era casi absoluto en todos los niveles. No se trata de que Freud haya sido en algún momento ajeno a la problemática sociológica, pues de hecho las nociones iniciales del psicoanálisis, aun como simple teoría de las neurosis, es decir, el inconsciente, la represión y la resistencia, le abocaban irremisiblemente a ella. Sin embargo, lo cierto es que en un principio la sociedad y sus formas culturales no podían ser consideradas por él de otra forma que desde la perspectiva estrictamente clínica, es decir a través del proceso represivo.

Y cuando ya en la última fase de su obra creadora Freud se decide a saltar las amarras de su talento especulativo adentrándose en los temas relativos a la cultura, la religión y la historia de una manera directa e inmediata, no es menos cierto que los afronta no sólo desde una perspectiva psicológica sino psicologista, como si su trato con neuróticos le hubiese dejado una impronta reduccionista imborrable. En pocas palabras: su teoría de la cultura no fue una simple teoría psicológica —algo del todo legítimo dentro de su nivel— sino una auténtica Weltanschauung reduccionista donde todo quedaba explicado por las pulsiones y sus destinos y trayectorias. La constatación de estos hechos de sobra conocidos puede servir de horizonte de comprensión de las ideas siguientes.

Todo parece indicar que antes de la Primera Guerra Mundial los contactos entre psicoanálisis y marxismo se cifraron a ciertos contactos a nivel personal hubidos en Viena entre algunos psicoanalistas próximos a Adler (por entonces aún no separado de Freud) y algunos socialistas. Quizá como consecuencia de aquellos contactos en el año 1909 la Asociación Psicoanalítica de Viena dedica una sesión al tema «Marxismo». Entre otros asisten a la misma Freud,

1. Especialmente, 1973.

Adler, Federn, Hitschmann, Joachim, Rank, etc. La ponencia del tema corre a cargo de Adler, lo cual ya es de por sí significativo si se tiene presente que el círculo adleriano fue siempre mucho más sensible a la temática sociológica y al enfoque socialista de la misma.

A pesar de esta sensibilidad el tema elegido encaja perfectamente en la tradición psicoanalítica. Adler hablaría sobre la «Psicología del Marxismo». Las indicaciones contenidas en el protocolo² de la sesión sobre la ponencia de Adler —ésta no se conserva en su totalidad— nos hacen sospechar que no sólo el tema, sino sobre todo el método elegido tuvieron que resultar extremadamente enojosos al antipsicologismo marxista. En alguna manera esta primera aproximación al tema marxista desde el psicoanálisis no hacía más que anticipar la actitud mantenida por la ortodoxia freudiana al respecto. Adler trataría de explicar la lucha de clases a partir de las pulsiones instintivas. El, como otros muchos, creía que lo que el marxismo necesitaba era una infraestructura psicológica. Las pulsiones podían proporcionarla adecuadamente. Lo que no está nada claro es si Adler ve en el marxismo algo más de una mera teoría de motivación económica, un error en el que incidían frecuentemente los autores de ideología liberal.

La discusión seguida tras la ponencia de Adler adolece de dos defectos básicos que hemos de volver a encontrar en estas páginas: desconocimiento de las fuentes marxistas y tendencia al psicologismo. Así, Freud se conforma con afirmar la posibilidad de explicar psicológicamente el desarrollo de la humanidad, pues «la ampliación de la conciencia es aquello mediante lo cual la humanidad puede mantener su existencia ante el progreso continuo de la represión. En otras intervenciones —en las de Federn y Hitschmann, p. ej.— al marxismo apenas se le reconoce otra cosa que la crítica de la religión —en lo cual coincidiría con el psicoanálisis— y el efecto liberador resultante de la toma de «conciencia» de fuerzas represoras ocultas. Dahmer después de un análisis del protocolo de la sesión concluye así: «se deja sentir igualmente la tendencia a etiquetar la teoría crítica (marxista) de la sociedad como religión de recambio y consecuentemente a someterla a la crítica científica del psicoanálisis. El interés clínico predomina con mucho sobre el esfuerzo auténtico por llegar a conocer por medios de una teoría no-psicológica que pueda clarificar el contexto social en el cual surgió también el psicoanálisis».³

La atmósfera metodológica y teórica que translucen las huellas que nos quedan de aquella sesión vienesa del año 1909 es, en definitiva, la misma que deja transpirar el *Totem y Tabú*, publicado cinco años después, primera obra en la que Freud centra su interés de forma directa en los grandes temas de la cultura y de la historia. Con ella comienza a explicitar y tematizar la «Weltanschauung» y la filosofía que desde un principio se encontraba agazapada

2. Un buen resumen del mismo se encuentra en Dahmer, 1973, 270-272. Es por medio de éste como nosotros hemos llegado a él.

3. *Ibid.*, 271-272.

en los conceptos empíricos y teóricos del psicoanálisis. No es cuestión ahora de que nos detengamos en la exposición de *Totem y tabú* o en la de los principios rectores que rigen la reflexión de Freud sobre la cultura y la historia. Basta con señalar lo que nos interesa en este contexto y que al mismo tiempo es algo indiscutido. El principio básico que Freud mantendrá a lo largo de toda la vida es que la historia humana y sus manifestaciones están determinadas por las fuerzas instintivas del hombre concreto. No hay dialéctica alguna que sea decisiva en este sentido, sino que «los hombres y sus pulsiones, emociones, inhibiciones, formaciones reactivas y sublimaciones determinan el curso de la historia».⁴

Esta alusión a *Totem y Tabú* no es meramente ilustrativa. La importancia histórica de esta obra es decisiva, pues con ella el «padre» del psicoanálisis abre de par en par las puertas que facilitan la aplicación del método y las nociones psicoanalíticas a los temas de la cultura y la historia. Con este precedente se explica históricamente la llegada de una serie de escritos psicoanalíticos que a finales de los años diez y comienzos de los veinte tratan de afrontar los problemas relativos a la revolución y a los comportamientos de las masas en ellas. Era el gran tema en unos momentos determinados por la conmoción de la Primera Guerra Mundial, por la creación de la III Internacional en 1919 con todo su «determinismo» proletario-revolucionario, por los levantamientos revolucionarios y las correspondientes reacciones antirrevolucionarias habidas entre 1917 y 1923, por el gran acontecimiento de la Revolución rusa. Los psicoanalistas, después de *Totem y Tabú*, se sintieron animados a tomar parte en la polémica interpretativa de aquellos acontecimientos.

Y entraron. Algunos nombres son significativos al respecto. Emil Lorenz da una conferencia en 1919 con el título «Zur Psychologie der Politik». El contenido de la misma no es de gran valor, pero en su totalidad resulta ilustrativa. Con el temor de que la revolución, después de Rusia, llegue a Alemania como fondo, los fenómenos revolucionarios son considerados como patológicos y regresivos. *Totem y Tabú* es otro telón de fondo: la revolución sería una vuelta de la sociedad al estadio de la «horda primitiva». Sus actores serían unos «poseosos» (Besessenheit) atrapados por un trauma de autoritarismo paterno no superado.

Aquel mismo año sale también en forma de folleto y de artículo periódico un escrito de Paul Federn —sería quien psicoanalizaría a Reich y pronosticaría de él tendencias psicóticas—, quizá la aportación más valiosa de todas las que citemos. El título nos resulta actual por la obra de Alexander Mitscherlich: *Zur Psychologie der Revolution: Die vaterlose Gesellschaft* (Sobre la Psicología de la revolución: la sociedad «sin padre»). Dentro del psicologismo que domina todo el escrito, la actitud política de fondo es mucho más positiva hacia los fenómenos revolucionarios. En el intento de Federn hay

4. Wolman, 1971, 324.

una pretensión de comprenderlos psicológicamente de una forma no reaccionaria. Por otra parte, algunas de las ideas de Federn vuelven a aflorar una década más tarde en los escritos de Reich y de Fromm. Así, p. cj., Federn establece ya la relación entre las instituciones estatales y las familiares, explica las relaciones sociales autoritarias por las familiares patricéntricas.

No obstante, a pesar de esta actitud más críticamente favorable hacia los cambios revolucionarios, el tratamiento del tema no es de los que podían provocar simpatías dentro de la ortodoxia marxista. Una vez más el *Totem y Tabú* proyecta su sombra. La Primera Guerra y la caída del Kaiser alemán han creado una sociedad «sin padre», que vendría a ser la condición subjetiva —diríamos— para que la tradición revolucionaria, que nunca habría dejado de existir bajo la historia autoritaria de Occidente, pudiese implantarse definitivamente. Llegaríamos entonces a un nuevo estadio de la historia de la humanidad. Tras la horda primitiva dominada por el padre, vino una sociedad autoritaria dominada por el sentimiento de culpabilidad por la muerte de equél y sometida a su imagen interiorizada. Con la revolución, por fin, llegaríamos a una «sociedad fraterna» ya libres de culpa. Federn llega a escribir que en el bolchevismo se halla la tendencia originaria y primigenia del hombre hacia un orden nuevo. Federn es consecuente y no muestra ninguna simpatía hacia las instituciones, los partidos y comités que de un modo u otro muestren residuos de autoritarismo burocrático. Son gente que no habrían superado su complejo paterno; él está por los «independientes», los «sin padre».

A pesar de todo, Federn no ve cerca la implantación de la «sociedad de hermanos». La cosa no es fácil porque la estructura familiar sigue creando estructuras psicológicas autoritarias y evitarlo no es fácil, y en cualquier caso siempre sería un proceso lento y con evidentes peligros de que el rol autoritario de la familia fuera asumido por otras instituciones. A pesar de sus ambigüedades políticas, el trabajo de Federn no fue luego el punto donde apuntaban los ataques de los detractores marxistas del psicoanálisis.

Aurel Kolnai es el siguiente en entrar en escena y lo hace en 1920 con *Psychoanalyse und Soziologie. Zur Psychologie von Masse und Gesellschaft*. En una primera parte Kolnai pretende establecer algunos principios básicos que fundamenten la aplicación del psicoanálisis a la sociología. En este sentido presenta la posibilidad explicativa de conceptos tales como represión, sublimación, etc, para ciertos problemas sociológicos. Reich y Fromm acusarán una década después a Kolnai por haber tratado superficialmente las relaciones entre psicoanálisis y sociología. Kolnai habría visto bien que el psicoanálisis tiene una relevancia social por considerar al individuo como ser socializado y resaltar la importancia de las relaciones familiares en la estructuración de los instintos, pero habría pasado por alto el que la familia y su organización son un fiel reflejo de la organización de clase de la sociedad. Fromm,⁵ le ataca

5. Fromm, 1932.

porque él, como tantos otros, habría considerado la sociedad burguesa como la normal. Lo curioso es que Fromm no tenga nada que objetar a la visión nominalista de la sociedad, donde ésta queda reducida a una simple suma de individuos ya socializados y que acaba por reducir la sociología y la psicología social a una simple psicología individual. Fromm no objeta nada porque él mismo participa de este punto de vista, que en definitiva se remonta al mismo Freud.

En la segunda parte de su trabajo Kolnai baja más a la concreción; se centra en los revolucionarios bolcheviques, a los que desde luego no ve con unos ojos demasiado favorables. Todo lo contrario. Sus ataques, no obstante, se sitúan en un nivel estrictamente psicológico, lo cual le lleva a etiquetarlos también con las categorías psicopatológicas. El lenguaje ya lo conocemos: represión, complejo paterno, horda primitiva, vinculación al padre. Todo para acabar diciendo que de lo que se trata no es de destruir al «padre», sino de sublimarlo; no de socializar la propiedad sino de «generalizarla». ¡Difícil lenguaje para un político, más para uno marxista, y más aún para uno de la III Internacional!

Tan difícil como el de Hendrik de Man en su obra —freudiana-adleriana— *Zur Psychologie des Sozialismus* (1926). Recordemos lo dicho a propósito de la ponencia de Adler en el Círculo Vienés en 1909. ¿Veía en el marxismo algo más que una teoría de motivación económica? Este es, precisamente, el error en que incurre de Man. Para él el marxismo es un conjunto de tesis económico-políticas asentadas en el presupuesto de que la vida social del hombre está motivada exclusivamente por motivos de tipo económico. Más o menos lo que sostenía Russell en 1927.⁶

Freud y el marxismo

Cerraremos este apartado con una breve exposición de la actitud de Freud hacia el marxismo, actitud que, aunque se refleja en buena parte en textos más tardíos que los citados y que los mismos freudomarxistas, conviene tener en cuenta como paradigma de la actitud general de los psicoanalistas ortodoxos hacia el marxismo, al menos hasta la Segunda Guerra Mundial. En alguna manera *Psicología de las masas y análisis del yo*, obra publicada en 1921, es ya un testimonio de que por entonces Freud no era del todo ajeno a la problemática relativa al comportamiento de las masas. Sin embargo, la obra no toca para nada los temas estrictamente marxistas y se ciñe, en contraposición a Le Bon y McDougall, a explicar el comportamiento de las masas en términos de libido, identificaciones, psicología del yo, etc. Adorno y Horkheimer escribirían años más tarde que en contra de la valoración negativa y reaccionaria de las

6. *Ibid.*

masas por Le Bon, «en la valoración de los aspectos positivos de la masa y de la composición de la masa, Freud sigue una tradición que va desde Aristóteles hasta Marx».⁷ Pero no es por este camino por donde nos toca seguir aquí.

Al parecer la primera alusión significativa de Freud sobre el marxismo, dentro de sus escritos, se halla en *El porvenir de una ilusión*: (1927) ...he de afirmar explícitamente que no me he propuesto en absoluto enjuiciar el gran experimento de cultura emprendido actualmente en el amplio territorio situado entre Europa y Asia...».⁸ En estas líneas ya se insinúa una de las constantes en el tratamiento de Freud de este tema: más que tomar postura respecto al mismo Marx, enjuicia y valora el stalinismo soviético. Históricamente esta actitud se comprende en quien, como Freud, no tuviese un interés excesivo por llegar a un conocimiento auténtico del marxismo. Por entonces había que ser un marxista muy convencido para atisbar la posibilidad de una lectura de Marx distinta a la soviética oficial. Que ésta fue una posibilidad real lo demuestran los nombres de Rosa Luxemburg, Korsch, Bloch, Lukács, etc. Pero para un liberal austriaco de los años veinte difícilmente había otro marxismo que el de la III Internacional cuyos siete Congresos Mundiales (1919, 1920, 1921, 1922, 1924, 1928 y 1935) tuvieron lugar en Moscú bajo el dominio dogmático, firme y compacto del Partido soviético. Si volvemos de nuevo al contexto freudiano de la cita transcrita nos encontramos con otra de las constantes del enfoque freudiano: la desconfianza —fundada en el instinto de muerte por entonces ya formulado— de Freud en la naturaleza humana y el convencimiento de sus límites biológicos de cara a la construcción de una sociedad igualitaria.

En 1930 vuelve sobre el tema. Es en *El malestar en la cultura*.⁹ Las dos constantes apuntadas aparecen en primer plano, especialmente la segunda. Después de reconocer que no le «conciernen la crítica económica del sistema comunista», cree poder «reconocer como vana ilusión su hipótesis psicológica». Ya podemos suponer que para Freud la hipótesis no es otra que la bondad de la naturaleza humana. ¡Grave error, según él, a la luz de las tendencias biológicas agresivas «que podemos percibir en nosotros mismos y cuya existencia suponemos con toda razón en el prójimo». Freud recuerda a los comunistas rusos que el «instinto agresivo no es una consecuencia de la propiedad, sino que regía casi sin restricciones en épocas primitivas, cuando la propiedad aún era bien poca cosa; ya se manifiesta en el niño, apenas la propiedad ha perdido su primitiva forma anal...» No acaba la cosa ahí y les recuerda a los comunistas que ellos también, como los nazis, tienen que dar alguna salida a su agresividad: «Tampoco fue por incomprensible azar que el sueño de la supremacía mundial germana recurriera como complemento a la incitación al

7. 1969, 85.

8. 1948, I, 1257.

9. Las citas de este párrafo se hallan en 1968, III, 38 ss.

antisemitismo; por fin, nos parece hartamente comprensible el que la tentativa de instaurar en Rusia una cultura comunista recurra a la persecución de los burgueses como apoyo psicológico. Pero nos preguntamos, preocupados, qué harán los soviets una vez que hayan exterminado totalmente a sus burgueses».

En *Nuevas aportaciones al psicoanálisis* (1933)¹⁰ Freud reconoce expresamente la «insuficiencia de mi orientación teórica» en lo que respecta a las teorías marxistas. Y, desde luego, que hay mucho de esto cuando, p. ej., piensa que en la teoría marxista tiene que haber muy poco de «materialismo» por el hecho de que la lógica de Marx sea dialéctica. Según Freud el que Marx pasara por la «escuela» de la «oscura filosofía hegeliana» le hace sospechoso de idealismo. De un modo relativamente fácil liquida la concepción marxista de la lucha de clases y establece que éstas se derivan de los factores agresivos internos a los componentes de las hordas primitivas. En esta misma línea la caída de los zares es explicada exclusivamente por el aprovechamiento de las armas de fuego y la pólvora por los instintos agresivos del hombre: «el despotismo ruso estaba condenado a desaparecer antes de la Gran Guerra, ya que ninguna mezcla de sangre dentro de las familias soberanas de Europa hubiera podido engendrar una dinastía de zares invulnerables a la dinamita».

Es interesante hacer notar que el apartado donde Freud habla de estas cosas se titula «una concepción del universo» (*Weltanschauung*). Interesante porque, en definitiva, lo que lleva a cabo en esas páginas es una confrontación entre dos «concepciones del universo» opuestas: una «economista» y otra «psicologista». El problema de las relaciones entre psicoanálisis y marxismo por aquellos años va a estar viciado, precisamente, por este planteamiento en términos de «ismos» dogmáticos, exclusivistas y sin sentido crítico. Y en alguna manera el fracaso de los freudomarxistas va a depender de su incapacidad para superarlo saliéndose del callejón sin salida a que se veían abocados en sus relaciones al marxismo ortodoxo y el psicoanálisis ortodoxo. Planteadas así las cosas, ¿qué pueden extrañar los ataques de Freud contra los soviets por haber hecho del marxismo una religión y de las obras de Marx una Biblia y un Corán? Todo ello en la línea que le conducirá en 1938 a equiparar al stalinismo con el fascismo italiano y alemán. Antes de esta equiparación, en *Moisés y la religión monoteísta*, escribía Freud: «Vivimos en una época hartamente extraña. Comprobamos, asombrados, que el progreso ha concluido un pacto con la barbarie. En la Rusia soviética se acometió la empresa de mejorar la forma de vida de unos cien millones de seres mantenidos por la opresión. Se tuvo la osadía de sustraerles el «opio» de la religión y la sensatez de concederles una medida razonable de libertad sexual; pero al mismo tiempo se les sometió a la más cruel dominación, quitándoles toda posibilidad de pensar libremente».¹¹

Tras este recorrido podríamos concluir con la extracción de una serie de

10. Las citas de este párrafo se hallan en 1948, II, 871 ss.

11. 1968, III, 219.

características comunes a todos sus hitos. En este sentido podríamos hablar de un desconocimiento directo de las fuentes del pensamiento marxista original. Así mismo, de una tendencia a considerar los fenómenos de origen marxista desde una perspectiva exclusivamente psicológica, en principio legítima, pero que de hecho tiende a desembocar casi siempre en un reduccionismo psicológico o psicologismo científicamente inaceptable. Este psicologismo tiene como reverso la consideración del marxismo como una simple teoría psicológica sobre las motivaciones económicas, algo que no responde en absoluto a las fuentes, aunque éstas permitan constatar la existencia de unos presupuestos y aún algunos principios explícitos de naturaleza psicológica. En ningún momento los autores psicoanalistas dejan adivinar el menor intento de consideración socio-económica o política —que no significa que ésta no se contenga a nivel implícito y tácito— y, en consecuencia, todo tratamiento del marxismo a nivel teórico o en su concreción histórica en Rusia es completamente abstracto. A la vista de esta panorámica se comprenden algunas quejas de los posteriores freudomarxistas acerca de la ausencia de todo esfuerzo por comprender en sus auténticas dimensiones el marxismo y sus manifestaciones históricas desde la perspectiva psicoanalista. Ante esto, es decir, ante la actitud de unos psicoanalistas que pretenden explicar la historia toda de la humanidad de un modo reduccionísticamente psicológico y con la pretensión de hacerlo en nombre de la ciencia, ¿qué puede esperarse de los ideólogos marxistas de los años veinte?

2. EL PSICOANÁLISIS EN LA PERSPECTIVA MARXISTA DE LOS AÑOS VEINTE.

La III Internacional y la postguerra en Alemania

Ya es sabido que la III Internacional data de 1919. En los primeros años su actividad es intensa y los Congresos se suceden anualmente. Sobre todo los cuatro primeros se desarrollan dentro de un clima altamente esperanzado. Se viven con una «fe» absoluta en que el triunfo del comunismo era inmediato en los países del Centro y del Este de Europa y que el triunfo mundial de la revolución se haría esperar poco. Esta fe se trataba de racionalizar con unos esquemas teóricos que interpretaban el curso de la historia con unas categorías que por mecanicistas eran más propias de las pujantes ciencias naturales de la primera mitad del siglo XIX. En esta perspectiva todo el peso del proceso revolucionario caía sobre las condiciones «objetivas», es decir, en el juego de unas fuerzas económicas que a través de distintas crisis conducirían irremisiblemente al triunfo del proletariado, a su «dictadura». El determinismo con que se interpretaba esta dialéctica de crisis económicas garantizaba la llegada de la sociedad socialista. Poco a poco, con el asentamiento de Stalin, toda esta comprensión adquirió el carácter «científico» que ya connotan los conceptos determinismo y mecanicismo.

Las masas proletarias no tenían por qué comprometerse en la praxis

revolucionaria. ¿Para qué hacerlo si el curso de la economía conduciría a lo que ellas esperaban y deseaban? Al menos los hechos avalan nuestro enunciado. Porque lo cierto es que el Partido Comunista Alemán (KPD) descuidó por completo —todo lo contrario de los nazis— el llamado «factor subjetivo», la formación de una conciencia de clase en el proletariado, la invitación operativa a la praxis revolucionaria. Las consecuencias políticas de esta actitud, obediente a la III Internacional paulatinamente dominada por Stalin, fueron desastrosas para Alemania, sin que esto suponga que este desastre hubiera sido posible sin la intervención de otros factores.

En cualquier caso los historiadores son unánimes —o casi unánimes— en juzgar como un grave error político la actitud del marxismo ortodoxo en Alemania al ser más fiel al dogmatismo emanado de Rusia y a la «Weltanschauung» economista, que observador responsable del comportamiento de las masas presuntamente «proletarias» y «anticapitalistas». Años después el disidente Ernst Bloch compararía la propaganda nazi y la comunista y constataría —en este caso a favor de la primera— su enorme diferencia en su capacidad de interpelación a las masas y de resonancia en sus fantasías.

El antipsicologismo marxista

No obstante, el historiador debe remontarse más allá de los años veinte. Es entonces cuando no podrá menos que formularse la cuestión que sigue: ¿aun en el caso de presuponer la posibilidad del rompimiento del dogmatismo mencionado en función de los hechos históricos cabría esperar que este rompimiento pudiera llegar de la consideración de unos factores «subjetivos», es decir, psicológicos? La respuesta no es posible darla. Pero su sentido es evidente. Evidente porque se deriva inmediatamente de otro hecho histórico no menos innegable: la escasa, por no decir nula, resonancia para lo psicológico de las tradiciones de las que procede el marxismo. Si tomamos a éste desde su aspecto lógico, es decir, desde la dialéctica, nos encontramos con toda la filosofía idealista alemana que ya desde Kant no favoreció en absoluto el desarrollo de la psicología. Encontrar consideraciones de este tipo en los revolucionarios franceses y en los utópicos no es tampoco nada fácil. El que esto sea así porque la problemática a la que trataban de responder no lo exigía y el contexto científico-cultural no lo hacía posible, es ahora secundario porque lo que queremos resaltar es la carencia fáctica de antecedentes psicológicos dentro de nuestro contexto. No se nos olviden los *Manuscritos* de Marx, por entonces inéditos y cuya publicación se debe precisamente al empeño de unos «heterodoxos humanistas» posteriores. Es cierto que en otros textos de Marx se encuentran alusiones a la «naturaleza» humana, pero lo son aislados y siempre con una clara concreción socio-económica. Y en cualquier caso las lecturas hasta entonces tradicionales de Marx los habían dejado en muy segundo nivel. La

lectura de los mismos dentro de una interpretación psicológicamente más fecunda no iba a llegar hasta el acontecer de sucesos históricos como los que estamos comentando ahora.

Por otra parte tampoco se podía esperar que al incidir el marxismo en algunos temas propios de la sociología fuera esta misma la que le facilitase el acceso a la psicología. Esto no era posible por la actitud declaradamente antipsicologista —al menos respecto de la psicología a la sazón— de los grandes sociólogos y sus tradiciones. Son sabidas las dificultades creadas por Comte a la psicología —él hablaba de la introspeccionista fundamentalmente— y los intentos de los primeros psicólogos por responder a ellas. La epistemología explícita de Wundt, Brentano, Külpe, Titchner, etc., es incomprensible sin la sombra de Comte. Pero es que dentro de un contexto alemán lo mismo podríamos decir de un Max Weber o un Simmel, otros de los padres de la sociología. Y, por supuesto, todavía es más impensable que la psicología académica de entonces pudiera ofrecer una cabeza de puente donde el marxismo encontrara un interlocutor válido que le hiciera recordar el «factor subjetivo». Psicología del acto o del contenido, introspección u observación fenomenológica, tiempos de reacción o gestalten, chimpancés de Köhler o el Hans (el caballo inteligente de Berlín) de Stumpf eran temas muy ajenos a lo marxista. ¿Es necesario que nos detengamos en constatar este mismo alejamiento y extrañeza dentro de la otra gran tradición psicológica alemana, la de Dilthey, por muy verdad que sea que esta psicología de la comprensión pretenda acercar a ésta a los temas de la historia y de la cultura?

El hecho es que, como dice Dahmer,¹² los grandes autores marxistas, incluso de orientaciones tan diversas como las de Lenin, Rosa Luxembourg o Lucáks, pertenecen a una tradición muy antipsicologista. El mismo Dahmer dentro de este contexto hace referencia, a modo de ejemplo, a dos textos anteriores a la Primera Guerra Mundial y que se debaten con el tema «psicología». Son uno de Trotski tomado de *Resultados y perspectivas* (1906) y otro de Max Adler que trata lo «psíquico-formal en el materialismo histórico». Prescindiendo del valor intrínseco de estos textos y de otras consideraciones de Dahmer sobre ellos, todo parece concluir en algo ya apuntado: en el convencimiento de que la situación social y la lógica de la lucha de clases conducirán por sí mismas y necesariamente —coaccionando, como si dijéramos— a la acción revolucionaria, independientemente de la estructura psicológica que puedan tener las clases obreras.

La psicología en Rusia en los años veinte

Cuando estalló la Revolución en Rusia la situación de la psicología en

12. Cf. 1973, 262-270.

el país no era muy distinta a la del resto del mundo a excepción de la que existía en Alemania, Estados Unidos y, en menor grado, en Francia e Inglaterra, sin que esto suponga el olvido de las influencias de unas estructuras sociales y políticas tan peculiares como eran las rusas, dominadas aún por un sistema de cuño feudalista a merced del aparato impuesto por las dos grandes fuerzas: la nobleza y la Iglesia. Esto quiere decir que la psicología se encontraba en esa tierra de nadie donde tenían cabida la voz de algunos psicólogos que habían estado en Leipzig con Wundt, la de algunos filósofos de inspiración cristiana como Lossky, o la de otros neokantianos como Vvedenski. Por lo demás, todo lo que éstos podían decir era desde las cátedras filosóficas, en sentido amplio, porque por entonces no existían aún cátedras de psicología. Lo que más se acercaba a una psicología científica se desarrollaba en el único Instituto de Psicología del país: el de Moscú dirigido por Chelpanov y fundado en 1911. Su orientación era wundtiana sin que se hubiese desprendido aún de muchos rasgos filosóficos. Tras la Revolución llegó a intentar una síntesis de wundtismo y materialismo dialéctico, la cual fue totalmente destrozada por los ataques del que había sido su asistente, Kornilov.

A un nivel no académico no faltaban tampoco algunos conocedores de las por entonces tres grandes «escuelas» psicológicas. Los influjos del espíritu de la Ilustración sobre Pedro I habían llegado a crear una tradición en Rusia que favorecía la salida de algunos universitarios a los institutos científicos europeos. De las tres escuelas fue el conductismo el que tuvo mejor acogida, siendo el psicoanálisis el más fríamente recibido, cosa por lo demás concebible dado que hasta el final de la primera década de siglo apenas tuvo reconocimiento fuera de los estrechos círculos vieneses y berlineses.

No obstante —según el testimonio autorizado de E. Jones¹³— al inicio de la segunda década de nuestro siglo hubo algunos rusos que comenzaron a sentir cierta simpatía por el psicoanálisis. M. E. Ossipow y otros iniciaron la traducción de las obras de Freud al ruso. Incluso la Academia de Moscú ofreció un premio al mejor trabajo sobre psicoanálisis en el año 1910. Ese mismo año Ossipow llegó a visitar a Freud en Viena. Merece nombrarse también el trabajo de M. Wulf, quien después de formarse en Berlín junto a Juliusberger, defendió las ideas freudianas en Rusia lo que le acarrió algunas dificultades que dieron a parar con él en Odesa, desde donde siguió en contacto con Freud y el húngaro Ferenczi. No faltaron tampoco algunas colaboraciones psicoanalíticas en una revista moscovita dedicada a los temas psicoterapéuticos. Pero lo que debe quedar claro es que esta presencia del psicoanálisis fue poco significativa y, además, ajena a la problemática marxista e ideológica. Su actividad se circunscribía más a los aspectos clínicos.

Por lo demás es bien sabido que antes de 1917 Paulov y Bechterev habían realizado ya importantes trabajos experimentales en psicología; sin embargo,

13. Cf. 1970, II, 75-76.

no contaban mucho dentro del ámbito de ésta a un nivel más académico y oficial por cuanto la obra del primero se desarrollaba más dentro de los ámbitos médico-fisiológicos y la del segundo —junto con Korsakov, Rossolino y otros— dentro de los estrictamente clínicos. Su incidencia explícita y reconocida en la psicología no había llegado todavía en Rusia.

¿Qué ocurre con la llegada de la Revolución? En un primer momento nada. Hasta el fin de la Guerra Civil en 1920 la atención no podía dirigirse a otra cosa que al proceso revolucionario estricto.¹⁴ En realidad durante esos años las cosas se desarrollaron según la panorámica que acabamos de presentar, siempre, claro está, contando con las limitaciones que impone a la actividad científica y cultural la situación de un país en pleno proceso de desgaste y agotamiento a todos sus niveles. Sin embargo, con el año 1921 comienza una nueva fase. El antipsicologismo marxista toma entonces una nueva forma, que desde luego no es inconsecuente con el sentido que había tenido hasta entonces, al mismo tiempo que tiene en cuenta el hecho de que por entonces la psicología como ciencia es ya un hecho irreversible. De lo que se tratará es de encontrar una psicología coherente con los principios marxista-leninistas. Es entonces cuando se desencadena un fuerte ataque contra todos los intentos «idealistas» —utilizaremos la terminología soviética— de hacer psicología, ataque que tendrá siempre un fuerte matiz nacionalista y, por supuesto, antioccidental. En este sentido creemos que se equivoca Dahmer¹⁵ cuando escribe que dentro de Rusia el psicoanálisis acaba por aquellos años por razones que, según el contexto, parecen ser exclusivas de él y de sus disputas ideológicas con el marxismo. Insistimos, dentro de Rusia, a lo largo de los años veinte se acaba con todo tipo de psicología occidental —igual le ocurre al conductismo, por ejemplo, o a la gestalt— y, por supuesto, con toda psicología que no se esfuerce por llegar y llegue a ser coherente con los principios metodológicos y teoréticos del marxismo-leninismo.

Terminados los procesos estrictamente bélicos de la Revolución la búsqueda de los «enemigos del proletariado» es iniciada. Se piensa inmediatamente que los aspectos ideológicos con todos sus soportes universitarios e institucionales tienen una importancia clave. Se trata de reconstruir la vida intelectual del país sobre una base marxista. Muchos profesores tienen que optar entre la emigración o el retiro, entre ellos algunos de los psicólogos-filósofos antes citados. Por el año 1921 se inicia ya el proceso de liquidación de todo tipo de psicología que obedezca a unas bases explícitamente idealistas. El toque de atención lo da Blonski con su *Ensayo de psicología científica*. Es un primer intento de psicología fundada en los principios marxistas. Blonski había estado cerca de la mujer de Lenin e intuía bien por donde tenía que ir la nueva ciencia. El mismo había publicado en 1920 *La reforma de la cien-*

14. McLeish ofrece una buena panorámica de la psicología postrevolucionaria en Rusia.

15. Cf. 1973, 282-304.

cia. No obstante, la falta de modelos teóricos es evidente y la creación de nuevos no es cosa fácil: así él mismo no acaba de rechazar la «introspección». El apuntillamiento del ataque de Blonski lo da Kornilov con su «Psicología contemporánea y marxismo» (1924). Su línea de desarrollo es el mismo; establecer un programa de psicología marxista.

Desde entonces una cosa queda clara para el futuro de la psicología en Rusia: la psicología debe fundarse sobre los principios exclusivos del marxismo-leninismo, al mismo tiempo, y consecuentemente, debe ocuparse del hombre concreto determinado por su clase y tratar de afrontar los problemas planteados por las exigencias de la construcción del socialismo y de la vida cotidiana. ¡Sofocante caldo de cultivo para el psicoanálisis, en todos sus aspectos, tal como se desarrollaba por entonces en Europa y Estados Unidos!

Dos acontecimientos ocurridos por entonces tienen importancia para nuestro estudio. En primer lugar, la llegada de Vera Schmidt en 1921 a Moscú a fin de trabajar en una especie de jardín de infancia de orientación psicoanalítica. Su presencia se sitúa dentro de las coordenadas pedagógico-clínicas y al margen de cualquier intento de reflexión en profundidad sobre una posible inserción del método psicoanalítico en los principios marxistas. El otro acontecimiento es la actitud de Chelpanov, el wundtiano director del Instituto de Moscú, ante el triunfo de la Revolución. Es un hecho significativo porque aclara perfectamente por dónde iban los únicos caminos que acababan en la supervivencia de cualquier sistema o teoría psicológica. No quedaba más remedio que reestructurar la psicología en el sentido mencionado y Chelpanov fue tan atrevido que llegó a intentar marxistizar al mismísimo Wundt.

El hecho es que para 1924 ya no hay duda sobre la orientación marxista de la posible psicología. Lo que no estaba tan claro era el desarrollo concreto de esta orientación. Por otra parte debe tenerse en cuenta que es entonces cuando Stalin comienza su cada vez más dictatorial y dogmático mandato. A partir de entonces se pone fin a todo tipo de incertidumbre política o ideológica, todo se centraliza a través de la burocracia del Partido, se inicia un proceso de rigurosa planificación industrial y de colectivización de la agricultura, todo ello culminado con el plan quinquenal de 1928. Sobre este transfondo fuertemente centralizado e ideológicamente muy cerrado la psicología conoce una fase no muy rica en logros experimentales, pero sí intensa en discusiones programáticas y de principio. Entre disputas y polémicas, críticas y autocríticas se va tanteando con la pretensión de llegar a esta concreción nada fácil de la psicología marxista-leninista. Son años de camino desde una psicología pre-soviética a una soviética.

Algunos datos históricos de aquellos años son de extraordinario interés para nuestros propósitos. La primera alternativa al «idealismo» la ofrece Kornilov con su «reactología». El es el líder de los años veinte. Su *Manual de psicología desde el punto de vista del materialismo dialéctico* conoce cinco ediciones en lo que va de 1926 a 1931. Polemiza con Chelpanov y acaba con él como psicólogo. Mucho más dura fue su batalla con Bechterevev, instalado desde

1917 en un instituto de investigación cerebral en Leningrado. El gran problema de la «conciencia» está de por medio. Bechterev es acusado de mecanicista, de reduccionismo físico y biológico. En el fondo de todo ello se sostiene una lucha por el reconocimiento de la psicología como ciencia con entidad propia e independiente. Kornilov sale triunfante. Pero en 1931 él y su reactología son declarados insuficientemente marxistas y no-dialécticos. La «reactología» no tiene capacidad de reaccionar y Kornilov pasa a un segundo plano. Sus evidentes logros hacia el estatuto de la nueva psicología fueron evidentes, pero tampoco hay duda de que aquello no era lo que se quería a nivel oficial: eclecticismo, excesiva dependencia del conductismo americano, poca consideración del organismo humano como ser «activo» además de reactivo, mayor proximidad a Feuerbach que a Marx y Lenin fueron los grandes errores.

En aquel panorama destaca igualmente la figura menos relevante de Bechterev, quien en 1925 se presenta con su *Psicología, reflexología y marxismo* como el salvador de la psicología. Su tesis básica era la coherencia del sistema reflexológico con el materialismo dialéctico. Tras la polémica con Kornilov la reflexología queda desechada como alternativa válida por adolecer de un mecanicismo tan vulgar que casi raya en el idealismo.

No podemos prescindir aquí de Paulov por muy someramente que constatemos su presencia por aquellos años. Pero es evidente que cada vez más es considerado como un posible fundamento de una psicología soviética dentro de las vacilaciones de aquellos años. Por otra debe quedar en pie que él mismo siguió trabajando antes y después de la Revolución en su misma línea objetiva y experimental muy al margen de los intentos a lo Bechterev de lograr síntesis fáciles con el marxismo. No obstante, es evidente que a partir de los años veinte su actividad se amplía más hacia los organismos humanos, los tipos nerviosos, los aspectos clínicos. Sin embargo, tampoco Paulov se libró de las grandes condenas de los años 1929 y ss. Se le acusó de sus investigaciones con perros y de la imposibilidad de llegar así al nivel específicamente humano de la conciencia, se le acusó igualmente de mecanicismo, etc. Blonski en 1929 insistía en que no se podía reducir la peculiaridad del comportamiento humano a reflejos; precisamente el temor de perder la conciencia era el motivo de que éste no rechazase la introspección como método psicológico legítimo. Cuando Paulov en 1932 escribe sobre el «segundo sistema de señales» la discusión ya se había apagado.

El mismo Vygotsky, el gran maestro de Luria y Leontiev y fundador de la gran tradición soviética de la psicología del lenguaje y del pensamiento, sin duda el más marxista en cuanto a la orientación y a los contenidos de su obra de todos los psicólogos de entonces, cayó también en la desgracia del Partido. A pesar de la fecundidad marxista de su enfoque Vygotsky fue condenado por cuestiones tales como las siguientes: carencia de referencias a Marx, Lenin, etc, en su obra; formas expresivas similares a las de los psicólogos occidentales; asociación con la «paidología», desaprobada por el Partido; creencia de que fuera posible separar los «datos» de la psicología burguesa de sus respecti-

vas teorías, lo cual coincidía con la acusación de eclecticismo. A pesar de que criticara psicólogos europeos tan significativos como Köhler, Stern y Piaget se le acusó de que sus ataques eran insuficientes y que introducía veladamente ideas opuestas a las socialistas.

En nuestra breve exposición ya se puede entrever que desde 1924 se desarrolla un proceso de búsqueda y polémica, en un principio, sin una intervención muy directa del Partido, pero que culmina con la intervención decidida de éste con el inicio del «plan quinquenal» a finales de 1928. Esta intervención se hace especialmente sensible dentro del terreno intelectual y filosófico —y por tanto también psicológico— en el año 1929. Un par de años, de 1929 a 1931, durarán las grandes discusiones entre los grupos intelectuales dentro del marco del Partido soviético. Tales discusiones se habían venido fraguando durante los cuatro años anteriores en la lucha de los distintos grupos de filósofos de orientación marxista por lograr el monopolio de la interpretación. Es evidente que este marco supera el estrictamente psicológico pero es dentro de él donde se entabla de una forma muy exarcebada la discusión acerca de la fundamentación de una psicología soviética. La publicación de algunos textos póstumos de Lenin en 1929 y 1930 donde se desarrolla su teoría del conocimiento como reflejo tuvo también su importancia. Las acusaciones ya conocidas a Paulov y a Vygotsky, y que fueron hechas por entonces, son un claro ejemplo de la dirección que tomaron aquellas disputas a nivel de Partido.

No es posible detenerse aquí en aquellas discusiones, ni siquiera en lo que conciernen a la misma psicología. No obstante, hemos de retener algunos datos de interés. El empeño del Partido fue desaprobar todo elemento capitalista y antimarxista que de una forma u otra hubiera supervivido en las concepciones psicológicas vigentes en el país. Al mismo tiempo se quería hacer un esfuerzo definitivo por recuperar plenamente la herencia legada por Lenin. Se condenó oficialmente toda la psicología anterior y, por supuesto, la occidental. Esta, sin excepción. La psicología industrial desapareció en 1931; en 1936 los tests mentales. Y, sobre todo, como fruto inmediato de aquellas discusiones, por 1931 se había logrado la categorización de seis errores básicos que debía evitar toda psicología que pretendiese ser soviética. Estos errores, definitivos negativamente de la psicología soviética, eran los siguientes: idealismo, mecanicismo, reduccionismo, dualismo, eclecticismo y consideración abstracta del comportamiento y el organismo humano.

Ahora podemos comprender los términos condenatorios de Kornilov, Belcherev, Paulov y Vygotsky. Pero no sólo los de ellos. Entre las tendencias occidentales las más duramente atacadas son las de origen americano, es decir, los aspectos utilitarios y prácticos de los enfoques funcionalistas y el conductismo en general. Esto es lógico si se tiene en cuenta que era la psicología más peligrosa y la que de un modo velado más fácilmente podía introducirse en Rusia de un modo definitivo. Porque de una forma inicial ya lo había hecho. El conductismo había influido en los mismos Blonski y Kornilov; su meca-

nicismo y fisicalismo eran tentadores para quienes deseaban hacer una psicología materialista. Y el sentido pragmático no lo era menos para quienes querían aplicar la psicología a las tareas cotidianas sociales: selección de personal, tests mentales, procesos de trabajos, aspectos infantiles y pedagógicos, fisiología, etc., eran temas que interesaban y que la psicología americana ofrecía ya elaborados. De ahí que los ataques contra los americanos, en general, y lo conductista, en particular, fueran los más feroces. Por supuesto se ataca en la línea del reduccionismo, mecanicismo, abstracción. Pero quizá más que en ninguna otra por el eclecticismo. Era un modo de liquidar lo más difícilmente combatible en la psicología americana: el enorme acervo de datos experimentales acumulados. Los ideólogos del Partido evitan la trampa de afrontarlos en el mismo nivel empírico. Los rechazan en función de los mismos principios que rigen todas las discusiones: los principios teóricos de Marx, que evidentemente están más allá de lo empírico; dejando al margen, claro está, si el marco de referencia teórico «indiscutible e indiscutido» lanzado por el Comité Central del Partido se inspira más en Marx o en Lenin y Stalin.

Es indudable que los ideólogos stalinianos, por otra parte, al plantear ahí la batalla ponen de relieve una de las lagunas más grandes de la psicología científica. Nos referimos a una falta de reflexión profunda sobre la estrecha relación entre el «dato» y la teoría y el método, reflexión que indudablemente ha de ir más allá de los aspectos puramente lógico-formales y metateóricos, sobre los cuales existe abundante e importante literatura. Pero el hecho es que en aquellas discusiones la aplicación de aquel principio a la psicología de origen conductista significa la condenación y exclusión de todos sus logros y datos empíricos por el hecho —que es indudable— de que el dato puro no existe y de que la teoría correspondiente se funda en unos postulados incompatibles con el marxismo. Aceptar tales datos sería un eclecticismo radicalmente contrario al gran principio epistemológico marxista de que la verdad no surge de la contemporización sino del conflicto y la contradicción.

Nos hemos detenido aquí porque a la hora de tratar los escritos de nuestros freudomarxistas uno no puede menos de echar en falta que sus intentos combinatorios de freudismo y marxismo no son más que un eclecticismo totalmente aborrecible para aquellos teóricos marxistas a los que en parte se quería convencer. En aquellos tiempos y este contexto el eclecticismo era el error más condenable por la ortodoxia marxista, la cual era particularmente sensible para encontrarlo entre los occidentales.

¿Qué papel jugó el psicoanálisis en aquellas discusiones? Al plantearnos esta cuestión volvemos de nuevo al tema central de nuestro trabajo y al hacerlo una cosa debe quedar bien sentada: un papel muy escaso por la sencilla razón de que el psicoanálisis dentro de Rusia jugaba igualmente un papel prácticamente nulo por entonces. Ante el vacío psicológico creado por las derrotas de las psicologías idealistas anteriores al año 1917, el psicoanálisis nunca apareció como un peligro expreso o velado para la elaboración de una auténtica psicología marxista-leninista. Por esto, precisamente, en las

discusiones de 1929-1931 el psicoanálisis no llegó a ser objeto expreso y particular de ninguna discusión, sin que esto signifique que de un modo tangencial e indirecto— aunque también explícito— no fuera condenado en nombre de algunos de los seis errores citados. Tras unos inicios no excesivamente brillantes en Rusia, el psicoanálisis ante la nueva situación creada por la Revolución de hecho no presentó ninguna alternativa teórica aceptable y poco a poco fue extinguiéndose dentro de un clima general que no favorecía en absoluto su desarrollo, al menos, en la forma ortodoxa-freudiana en que entonces se conocía. En el 1927 se dejó de traducir a Freud y cuando llegó el gran año 1929 prácticamente no existía en Rusia.

Todo esto significa que el psicoanálisis dentro de Rusia y a un nivel estrictamente psicológico-científico nunca constituyó de un modo histórico y concreto un problema para los ideólogos soviéticos, al menos, un problema grave. Se le atacó y condenó, pero como a cualquier otra psicología occidental y, desde luego, mucho menos que al conductismo. Es decir, que el psicoanálisis en los años veinte fue problema para el marxismo fuera de Rusia y a un nivel ideológico, de *Weltanschauung*. En definitiva, al mismo nivel que el marxismo lo era para el psicoanálisis. Esto fue lo grave y lo que llevó a las relaciones entre ambos a un callejón sin salida. En el fondo, los freudomarxistas no lo comprendieron. Y al no hacerlo su aportación quedó en un intento efímero; otra cosa no era posible si el problema no se planteaba a otro nivel.

Bajo el estandarte del marxismo

Para entender plenamente los aspectos específicos de las discusiones entre psicoanalistas y marxistas hay que conocer algunas de las colaboraciones de la revista «*Unter dem Banner des Marxismus*» (Bajo el estandarte del marxismo). Se trata del órgano ideológico del marxismo soviético de los años veinte y treinta que se publica en Moscú desde 1922 y 1944. Cuando nos empieza a interesar a nosotros es a partir de 1925, año en que empieza a editarse también en Viena en alemán. Es entonces cuando realmente entra en debate — ¡y qué debate!— contra el psicoanálisis. Esto ya es significativo. Y no lo es menos el que la revista se autodefina como representativa de un marxismo que es una *Weltanschauung* optimista del proletariado revolucionario. Es el interlocutor que esperaba la *Weltanschauung* pesimista del psicoanálisis burgués y liberal. Por otra parte, y no es menos grave, en las mismas líneas en que se define al marxismo como *Weltanschauung* —es decir, como sistema filosófico cerrado— se le atribuye al mismo tiempo un carácter científico. Ni más ni menos que lo que Freud esperaba por entonces que llegaría a ser algún día el psicoanálisis.¹⁶

Al frente del cuerpo de redactores se encontraba A. M. Deborin, un dis-

16. Cf. *Ibid.*

cúpulo de Plejanov, que en la segunda mitad de los años veinte llegó a convertirse en el filósofo más relevante, dentro de las esferas oficiales, en Rusia. A un nivel ideológico, quizás él más que ningún otro contribuyó a hacer del marxismo soviético el sistema filosófico cerrado y dogmático que llegó a ser en aquellos tiempos. Con las pretensiones sistemáticas y metafísicas de un Hegel, a quien conocía a fondo, Deborin olvidó que Marx legó ante todo una teoría y un método que trataban de interpretar situaciones históricas concretas al servicio de quienes se convierten en víctimas de las tendencias del desarrollo socio-económico de la sociedad burguesa. Fue Deborin también el principal inspirador de las condenas de Korsch y Lukács por heterodoxos. La embriaguez filosófica-totalitaria de Deborin tenía que entrar necesariamente en conflicto con el Partido. Del mismo modo que quería someter todos los aspectos de la actividad social, cultural y científica a la filosofía, llegó un momento en que quiso hacer lo mismo con la política. Es entonces cuando tropezó con Stalin.

Al parecer en las discusiones y polémicas que habían tenido lugar entre los años 24 y 29 entre algunos grupos de filósofos soviéticos en su lucha por la dirección ideológica, Deborin había tenido alguna experiencia con algunos «freudistas» que pertenecían al llamado grupo de los «mecanicistas». Este grupo había sido el principal oponente del grupo capitaneado por Deborin, el de los «dialécticos». Todo parece indicar que la dureza de aquellas polémicas hizo que aquellas experiencias dejaran en Deborin un poso muy negativo hacia el psicoanálisis, al mismo tiempo que se lo ubicaron en una perspectiva preferentemente ideológica. Así las cosas, las interpretaciones psicoanalíticas del estilo de las aquí citadas sobre los fenómenos revolucionarios y de masas fueron recibidas por Deborin y su grupo de un modo absolutamente negativo. Ya en 1925 comienzan a salir en «Bajo el estandarte del marxismo» los primeros ataques frontales contra el psicoanálisis.

Los diversos artículos aparecidos dentro de este contexto son muy semejantes. Tanto como lo eran las contribuciones psicoanalíticas al tema. Por otra parte vienen a ser como el negativo de éstas: la actitud es idéntica, los ataques basados en los mismos principios y enfoque. El primero en escribir un artículo sobre las relaciones entre psicoanálisis y marxismo sería W. Jurinetz, precisamente con el título «Psicoanálisis y marxismo» (1925). La superficialidad en el tratamiento del psicoanálisis es total; las fuentes freudianas escasas; se agrupan con la misma etiqueta a Adler, Rank, Jung, Federn, etc., pero cuando el error se torna más significativo es cuando eligen al ya citado Kolnai como el más representativo de todos ellos. Algunos de los rasgos ya citados a propósito de las discusiones dentro del Partido en 1929 aparecen ya aquí: espiritualismo o idealismo, mecanicista y no dialéctica, desconsideración de los aspectos históricos y sociales, eclecticismo. Al psicoanálisis se le presenta como un residuo de la filosofía burguesa lleno de sutilezas esteticistas. Sin entrar ahora en la no siempre sin razón de estos reproches, lo que debe destacarse es que expresamente se reconoce que el psicoanálisis es una con-

cepción del mundo que debe confrontarse con la otra que es el marxismo; como hicieran los mismos psicoanalistas con el marxismo, ahora los marxistas hablan del psicoanálisis como de una religión. Ni que decir tiene que concepción del mundo por concepción del mundo, el marxismo le parece a Jurinetz mucho más valiosa. ¿Es necesario insistir en que los aspectos clínicos-únicos que le dan al psicoanálisis rango de ciencia— del psicoanálisis son totalmente ignorados?

A Jurinetz le seguirían otros dentro de la línea Deborin, lo que supone en la misma línea que acabamos de exponer. Merece la pena destacar el que, por ejemplo, el mismo Deborin en el año 1928 eligiera para atacar al psicoanálisis la obra antes citada de Hendrik de Man. O que antes, en el mismo año 1925, A. Thalheimer eligiera un artículo de Otto Jenssen, escrito un año antes, sobre la psicología de las masas en Kautsky y en Freud. El artículo de Thalheimer, «La disolución del austromarxismo», contiene algunas consideraciones como las siguientes: el marxismo no necesita ninguna enseñanza sobre psicología de las masas; no hay más acceso al inconsciente que las condiciones históricas y sociales; el psicoanálisis es una basura derivada de la decadente pequeña burguesía; todo es para él erotismo y pornografía, etc. Ya lo dijimos: la discusión entre psicoanalistas y marxistas nunca tuvo el aspecto de un debate entre hombres de ciencia en busca de la verdad.

3. LOS FREUDOMARXISTAS

El propósito de los freudomarxistas

Aquella controversia entre marxismo y psicoanálisis suscitó los deseos mediadores de un grupo de psicoanalistas de orientación marxista. Es con este propósito que aparecen algunos escritos de Siegfried Bernfeld, Wilhelm Reich, Erich Fromm y Otto Fenichel.¹⁷ Aunque en grados muy distintos y con facetas muy diferentes, todos ellos son psicoanalistas muy vinculados a Freud en su origen pero con un cierto distanciamiento crítico de sus puntos de vista. Les toca vivir en un tiempo en el que la cura psicoanalítica, atrapada por las resistencias del enfermo, se había tornado problema. Tanto más cuanto que la confusa situación social hacía muy difícil lograr unos comportamientos «racionales» por parte del enfermo dentro de un entorno cada vez más irracional. En aquellos psicoanalistas la vinculación a Freud y a su diván no es tan estrecha como para sentirse impedidos de saltar a la calle e interesarse por los aspectos sociales de la terapia.

Se trata, pues, de psicoanalistas no estrictamente ortodoxos y que su heterodoxia viene dada por una cierta sensibilidad para la problemática social y

17. Muchos de los datos históricos que citamos en las líneas que siguen se encuentran diseminados en sus escritos de los años 1925-1935.

política. No obstante, el hecho de que los cuatro trabajasen en el empeño de aproximar a Freud y Marx a partir de una orientación similar y en una época común no nos debe inducir a pensar en la existencia de un grupo de trabajo. Ya el nivel de compromiso político era muy diverso. Reich fue muy activo, como es sabido. Aunque el fuerte de Fromm nunca fue la acción política, comenzó siendo un sociólogo psicoanalista claramente marxista. Sin embargo, Bernfeld y Fenichel, aunque sensibles a lo político, supieron guardar una cierta distancia de los compromisos definitivos con la teoría y la acción. Las diferencias de matiz se constatan igualmente en los intereses teóricos y metodológicos. Hay mucho trecho entre la precisión conceptual de un Fenichel y su sentido clínico, por una parte, y las síntesis vagas de un Fromm no siempre atentas a la verificación empírica, por otra.

A pesar de que nunca llegasen a formar un grupo y mucho menos una escuela, lo cierto es, sin embargo, que tampoco trabajaron de forma inconexa, pues con frecuencia cambiaban sus puntos de vista. En un principio, los contactos tuvieron lugar en Berlín donde se encontraban Bernfeld, Fenichel y Fromm. Berlín era después de Viena el principal foco psicoanalítico y allí se respiraba un clima mucho más abierto y libre para los planteamientos sociopolíticos. Pero no se piense que esto fuese lo normal en los círculos próximos a Freud. Más bien era cosa de minorías. La gran parte de los psicoanalistas por entonces pertenecían a una clase media que en la época prenazi vivía atemorizada y, en consecuencia, a la defensiva. Es sabido que el mismo Freud, que no desconocía la existencia de grupos de orientación marxista entre sus próximos, actuó con mucha precaución a fin de no entrar en conflicto con las partes contendientes. El andaba preocupado con el apuntalamiento de su movimiento psicoanalítico y la escasez de reconocimientos y apoyos oficiales y académicos le hacían andar con pies de plomo. En cualquier caso, el hecho es que en Berlín, aunque en minoría, existían psicoanalistas interesados en los planteamientos marxistas. Además de los tres freudomarxistas citados, los testimonios de Fromm y Reich hablan también de Barbara Lantos y de Ernst Simmel.

Con la llegada de Reich a Berlín —antes estaba en Viena— las relaciones del grupo se intensifican debido a la intensidad con que Reich vive el problema de las relaciones entre psicoanálisis y marxismo. En Viena, al final de los años veinte, trabaja en ello junto con un grupo, por lo demás un grupo formado por gentes mucho menos representativos que las de Berlín. En él se encuentran, entre otros, su primera mujer, Annie, Edmund Bergler y Annie Angel. El año 1929 hace un viaje a Moscú. Sabe que entre los ideólogos del Partido el psicoanálisis no cuenta apenas y desea convencerles de sus posibilidades «revolucionarias». Por entonces pertenecía al Partido Comunista austriaco y su comportamiento en Rusia responde a su condición de tal. Decimos esto porque a la vuelta de Rusia el mismo Reich trata de justificar la política que seguía el Partido soviético en cuestiones científico-culturales. Habla al respecto del aislamiento político en que se encuentra y de las necesidades de industrialización del país ruso. No es éste el lugar para valorar el peso político de estas

razones, pero el hecho es que la actitud de Reich es plenamente representativa de la que en general tomaron los otros tres freudomarxistas respecto al marxismo. Como veremos, es posible que si hubieran tomado al «materialismo dialéctico» con el mismo sentido crítico con que interpretaron el psicoanálisis sus logros hubieran sido distintos.

A la vuelta de Moscú Reich se establece en Berlín y entra en seguida en contacto con el grupo citado. Es entonces —en el año 1930— cuando sus relaciones son más estrechas. La presencia de Reich es decisiva. Se reúnen en su casa y él es el verdadero animador del grupo. Bernfeld —el más independiente— no asiste más que de vez en cuando. La influencia de Reich en los escritos de Fromm de los años treinta, posteriores a su *Dogma de Cristo*, es manifiesta. Pero quizá con quien más intima y profundiza es con Fenichel, quien en alguna manera actuaba como «director» del grupo. Y una vez más insistimos: donde mayor profundización y coincidencia en los puntos de vista se da es a la hora de la crítica del psicoanálisis. Y no lo decimos en sentido negativo. Todo lo contrario. Precisamente las críticas de Fenichel al «instinto de muerte» —una de las armas ideológicas de Freud contra el marxismo— y, en general, al «psicologismo» de Freud han sido una de las mayores contribuciones a la teoría psicoanalítica entre los psicoanalistas de la segunda generación. Aunque con menor rigor científica, Reich mantuvo unos puntos de vista similares.

La existencia del grupo es efímera. Pero no por eso, tras su disolución, dejaron los freudomarxistas de escribir sobre la problemática que los había unido. Fromm, sobre todo, pero también Reich y Fenichel —Bernfeld en menor grado— hacen en los primeros años treinta importantes contribuciones. A partir del año 1931 los que quedan más estrechamente vinculados son Fenichel y Reich. Ellos son los principales mentores de la llamada «oposición marxista» dentro del movimiento psicoanalítico. El animador, desde luego, de esta oposición es Reich, pero su marcha de Berlín y su establecimiento sucesivo en Copenhage y Malmoe contribuyen a que Fenichel quede como líder visible de dicha oposición. En alguna manera lo que dicha oposición pretendía era algo que estaba latente en todos los intentos anteriores del grupo freudomarxista. Se trataría, en términos frommianos, de desarrollar los elementos críticos del sistema freudiano poniendo de relieve su consonancia con las ideas de Marx. O, con otros términos, purificar el sistema freudiano de su superestructura teórica burguesa, que es ni más ni menos lo que Reich quería decir cuando sostenía la naturaleza estrictamente «científico-natural» del psicoanálisis en contraposición de su «filosofía burguesa o conservadora». Cuando en 1934 Reich entra en contradicción definitiva con la Asociación Psicoanalítica Internacional se ponen también de manifiesto las diferencias que habían comenzado a surgir en los años anteriores entre él y Fenichel respecto al modo de llevar la «oposición». Sin duda que el carácter biologista y dogmático que por entonces empezaba a tomar el sistema de Reich fue decisivo en el distanciamiento, ya para siempre, de Fenichel.

En la disolución de aquel grupo berlinés que se reunía en casa de Reich

influye también la inmediata marcha de Fromm a Frankfurt.¹⁸ Esta marcha nos pone de manifiesto, al mismo tiempo, que los propósitos perseguidos por los freudomarxistas no eran puramente teóricos y que participaban de una problemática común a no pocos intelectuales —en buena parte de origen judío— que desde una orientación marxista no acababan de entender el comportamiento de las masas proletarias muy opuesto a las previsiones de los teóricos de la III Internacional. Pero mientras éstos permanecían ciegos a la irreversibilidad de tales comportamientos sin cuestionarse su por qué, otros muchos marxistas trataban de buscar respuesta en el llamado «factor subjetivo». Es en todo este contexto histórico-político donde surgen los intentos de un Reich y de un Fromm, especialmente, por «completar» el marxismo con una psicología adecuadamente científica.

Max Horkheimer, el fundador del famoso Instituto de Investigación Social de Frankfurt, fue quien llamó a Fromm a esta ciudad. El participaba en esta misma preocupación y en su discurso programático e inaugural del Instituto en 1931 escribía haciendo referencia a la cuestión básica de su programa: la cuestión a resolver sería «¿qué relaciones y conexiones se pueden comprobar en un grupo social determinado, en un período de tiempo determinado, en determinados países, entre el papel de este grupo en el proceso económico, la transformación de la estructura psíquica de sus miembros particulares y las ideas e instituciones que proceden de ellos y actúan sobre ellos?»¹⁹ Estas palabras hay que entenderlas a partir del convencimiento inicial del mismo Horkheimer de que la clave de su respuesta radicaba en el «complicado papel intermedio de los procesos psíquicos que se intercalan entre los procesos mentales y materiales (económicos)». En definitiva, que la determinación del comportamiento proletario por las condiciones materiales no es algo mecánico sino mediado por el psiquismo y, por consiguiente, la estructura de este psiquismo debe tenerse en cuenta. Horkheimer pensaba que el método psicoanalítico podía ayudarle en su tarea y, en consecuencia, llamó a su instituto como colaboradores a una serie de psicoanalistas aquel mismo año. Entre ellos se encontraban Fromm, Landauer y Mong. Ellos fueron —para satisfacción del mismo Freud— los primeros psicoanalistas que trabajaban como tales en el marco de la universidad alemana. Lo dicho es un testimonio claro de aquella preocupación antes mencionada. La diferencia entre Horkheimer y los freudomarxistas, sin embargo, radica en algo fundamental. El primero nunca pretendió llegar a grandes síntesis teóricas entre psicoanálisis y marxismo. Sin meternos ahora en la complejidad teórica del sistema de Horkheimer y de sus presupuestos, es indiscutible que, al menos inicialmente, el psicoanálisis —muy al contrario de Fromm, Reich, etc.— contó para él sólo como método al servicio de una investigación bien ceñida y concreta temporal y espacialmente.

18. Cf. Caparrós, 1975, 29-51.

19. Horkheimer, 1931, 14.

Algo muy distinto a lo que pretendió el grupo berlinés que, en último término, nunca abandonó la perspectiva de los «ismos».²⁰

La «solución» freudomarxista

Los principales textos freudomarxistas de los cuatro psicoanalistas citados han ido saliendo a la luz en los más diversos idiomas durante los últimos años. No tendría, por esto, demasiado sentido que nos dedicásemos en el marco de este artículo a un análisis detallado de los mismos. Para nuestro propósito será suficiente y más apropiado trazar un esbozo del planteamiento común, del marco de referencia y de los principios básicos a través de los cuales afrontan nuestra problemática. Cosa, desde luego, posible porque, aun reconociendo las diferencias de matiz y de actitud teórica dentro de los cuatro componentes del grupo, lo que les constituye precisamente como grupo es la unidad de los principios básicos desde donde orquestan sus soluciones, así como el punto de partida histórico común. Esta es la razón por la que se les puede llamar «freudomarxistas».

Desde el primer intento de aproximación a la temática por Bernfeld, ya en el año 1925, todos los freudomarxistas tuvieron conciencia de que el problema respondía a un hecho histórico: el enfrentamiento de dos Weltanschauungen, de dos filosofías reduccionistas, la una psicologista y la otra economicista. Y partieron de ese enfrentamiento tal como se había venido desarrollando. Eran también plenamente conscientes de que la tradición marxista estaba caracterizada por un fuerte antipsicologismo. A la hora de lograr la aproximación entre psicoanálisis y marxismo vieron, con claridad, que uno de los dos reduccionismos tenía que renunciar a sus pretensiones omniexplicativas, al menos, e inicialmente, en el ámbito donde más encarnizadamente se enfrentaban, en el de la historia y de la sociedad.

Al llegar a este punto, todos ellos actúan de acuerdo con un principio común: el marxismo en su versión soviética es intocable como teoría explicativa del desarrollo histórico-social. Esto significa, de entrada, la aceptación del marxismo no como un método de análisis crítico histórico y concreto de una política económica bien específica, sino como una filosofía que explica todos los procesos histórico-sociales por las condiciones económico-materiales. Esto es lo que quieren significar, por ejemplo, Reich y Fenichel cuando dicen que el psicoanálisis no es competente más que como «ciencia natural», mientras que en el terreno de la «sociología» y de la explicación de la historia no tiene nada que decir. Así sólo cuenta el marxismo, pero un marxismo enten-

20. Es históricamente significativo que en los años treinta se conociera también en Francia un movimiento freudomarxista (Breton, Naville, Audard, Politzer, etc.). El mismo Politzer —psicólogo en búsqueda permanente— le daría un golpe mortal en 1933 con su artículo «Psicoanálisis y marxismo». 21. 1973, 260.

dido, sobre todo, como materialismo dialéctico, como filosofía. La actitud de fondo es la misma en Bernfeld y en Fromm en lo que concierne al problema del freudomarxismo. Es cierto que Bernfeld no acepta el convencionalismo de separar con una simple línea divisoria la «ciencia natural» y la «sociología» insistiendo en que el psicoanálisis expresa la mediación entre lo biológico-natural y lo socio-histórico, pero no lo es menos que toma al marxismo como una «filosofía» a la cual debe subordinarse el psicoanálisis. Y es también a esta simple subordinación sostenida axiomáticamente a la que llega Fromm, aunque éste —y en polémica al respecto con Reich— sostenga igualmente que el psicoanálisis es competente en temas sociológicos. Qué importa que se sostenga que lo sea si al mismo tiempo se declara que lo es porque la distinción entre individuo y sociedad es puramente cuantitativa, que la sociedad es la simple suma de los individuos? Al afirmar esto Fromm, lo que en definitiva hace es reducir la sociología analítica a una simple psicología analítica. Consecuentemente, en la sociedad lo único que cuenta como causas explicativas son las económicas y a nivel sociológico, como principio explicativo, lo psicológico no cuenta para nada.

¿Dónde radica la gravedad de esta postura inicial? No, desde luego, en la actitud crítica que supone respecto al psicoanálisis. Nadie pone hoy en duda que la aportación de un Fenichel a la hora de hacer una crítica de los elementos ideológicos del mismo ha sido una de las mejores aportaciones históricas al mismo psicoanálisis. Fenichel ha criticado muy certeramente el psicologismo psicoanalítico, pero esto no significa de ninguna manera que el freudismo no tenga nada que decir explicativamente sobre los fenómenos socioculturales, por supuesto a su nivel que no es el mismo que el del marxismo. Independientemente de las teorías freudianas, los datos aportados por su método —y ya en el mismo Freud— desvelan la dialéctica pulsiones biológicas, por una parte, y realidad sociocultural, por otra, de donde surge el sujeto humano. La economía determina según sus propias leyes el curso de la historia de la sociedad, pero la economía poco nos puede decir del modo cómo los deseos pulsionales de los individuos socializados se adhieren a los logros histórico-sociales emanados de aquella política económica.

Nadie pone hoy tampoco en duda que la obra de un Reich y la de un Fromm han contribuido a la toma de conciencia de la historicidad interna de los conceptos freudianos y de las leyes psicoanalíticas. Sin duda que es una aportación positiva al mismo psicoanálisis el desvelamiento del carácter histórico-cultural e histórico-social de algunas de sus categorías, y esto se lo debemos en buena parte —aunque no sólo— a estos freudomarxistas. Pero esto no justifica en absoluto la aceptación de un criterio absolutamente extrínseco a la propia teoría psicoanalítica y a los datos derivados de su método, como criterio de lo que es o no es válido dentro del psicoanálisis. Y esto es lo que hacen los freudomarxistas cuando de una forma abstracta y absolutamente formal van despojándose de la crítica de la religión, de la explicación psicológica de algunos mecanismos sociológicos, del instinto de muerte y de la agresividad, etc.

Con este método y con esta actitud del todo «reverencial» hacia el marxismo soviético poco es lo que pudieron profundizar en las posibles relaciones entre marxismo y psicoanálisis, al mismo tiempo que llegaron a crear más de una confusión en lo que respecta al mismo marxismo. Veámoslo. Una vez asentado que el marxismo es intocable en ese nivel ideológico y que toda posible conjunción del psicoanálisis con él debe entenderse como simple subordinación, los freudomarxistas creen haber dado un paso primero pero definitivo hacia los detractores del psicoanálisis, los cuales siempre están en el transfondo de sus argumentos. Es entonces cuando viene un segundo paso: demostrarles que los errores de que acusan al psicoanálisis no son verdaderos.

Una y otra vez todos los freudomarxistas, unos más y otros menos, recogen aquellas objeciones: que el psicoanálisis es idealista, que no es dialéctico, que no es histórico en su método, que desconoce los aspectos sociales, que es un residuo de la burguesía en trance de desaparición. Y una y otra vez vuelven a insistir: el psicoanálisis es histórico porque es un método de investigación genético; es materialista porque nada es tan material como las pulsiones biológicas; no es burgués porque desvela el origen biológico de las ideologías; tiene en cuenta lo social etc., etc. La argumentación —y éste es otro de los graves errores freudomarxistas— es puramente formal y abstracta, sin que en ningún momento se atisbe la cuestión que es fundamental: ¿marxistas y psicoanalistas entienden lo mismo cuando hablan de idealista, dialéctico, histórico, etc.? Que esto no sea así es claro. En el año 1926 ya le objetaban a Bernfeld que todos sus argumentos se basaban en analogías puramente formales, que pueden aplicarse a todo tipo de teorías científicas. El error es aún más manifiesto en el mismo Reich. En el año 1929 escribe uno de sus artículos más importantes, «Materialismo dialéctico y psicoanálisis», que publica en la revista marxista «Unter dem Banner des Marxismus». Una de las partes del artículo está dedicada a la demostración del carácter dialéctico, materialista y no burgués, entre otras cosas, del psicoanálisis como ciencia natural.

Es evidente el esfuerzo de Reich al respecto. Pero no lo es menos su inutilidad. Ya la redacción de la revista advierte que no se identifica con los puntos de vista del autor del artículo. Por si fuera poco, inmediatamente (1929-1930) y en la misma revista I. Sapir escribe otro artículo refutando a Reich. Leyendo uno y otro artículo con sus respectivos trasfondos teóricos una cosa se pone de manifiesto: el sentido de los conceptos en juego es totalmente diferente en uno y otro de los dos artículos, en una y otra de las dos perspectivas. Y para entenderlo basta echar una mirada a las discusiones de aquellos años en Rusia, en la Rusia de los intelectuales soviéticos, es decir, en los interlocutores marxistas de los Bernfeld, Reich, etc. Por muchos epítetos con que se le quiera bautizar al psicoanálisis, por muy «materialista» y «dialéctico» que se le considere, los soviéticos —como ponen de manifiesto aquellas discusiones— nunca hubieran podido aceptar una teoría de las neurosis que sitúa el conflicto en el ámbito intrapsíquico o familiar, algo tan en contradicción con la, por entonces en plena euforia, concepción leninista del psiquismo como

«reflejo»; tampoco hubieran podido aceptar la concepción de un inconsciente que como realidad psíquica surge al margen de la realidad exterior y social, algo que además fue también condenado como una forma más de dualismo psicofísico. Estas y otras objeciones apuntan a una concepción de la psicología muy ajena a la implicada en el psicoanálisis.

A la luz de aquellas discusiones el lenguaje de los freudomarxistas parece algo fuera de lugar. Pero lo grave, entiéndase bien, no es tanto el hecho de que aquella argumentación no tuviera valor «ad hominem», de que fuera expresada en un lenguaje distinto. Lo realmente importante es que al quedarse en un nivel puramente nominalista, los freudomarxistas no profundizaron en el sentido de aquella equívocidad a fin de llegar desde un nivel más profundo a la posible convergencia de las dos teorías.

En cualquier caso, una vez demostrado el presunto carácter no contradictorio del psicoanálisis respecto al marxismo, los freudomarxistas darán un paso ulterior: argumentar a los interlocutores marxistas que el materialismo histórico-dialéctico necesita una psicología que les ayude a dar razón del contradictorio comportamiento de las masas proletarias. Aceptan la actitud tradicional del marxismo ante la psicología, pero entienden que esta actitud ya no se justifica dado que existe ya una psicología materialista, dialéctica e histórica. Según ellos, no hubiera tenido sentido aceptar la psicología tradicional por su carácter idealista, pero con el psicoanálisis las cosas son distintas. Las ventajas que ofrecería son considerables: por una parte, explicaría la formación de las superestructuras ideológicas; por otra, el comportamiento de aquellas masas a través del superyó formado de acuerdo con unas instituciones sociales todavía burguesas, que no habrían llegado a reestructurarse según las nuevas condiciones económicas. Hemos de añadir que a pesar del eventual valor que puedan tener estas hipótesis, los freudomarxistas las formulan de un modo puramente formal y sin ninguna referencia empírica o a un programa empírico.

Pero no es sólo esto. Es que al pretender, entonces, insertar el psicoanálisis dentro del sistema filosófico marxista acaban por desvirtuar al uno y al otro. En este sentido Reich y Fromm son especialmente significativos. La inserción definitiva del psicoanálisis la llevan a cabo valiéndose del esquema base-superestructura de origen marxista. Para ellos la cosa es fácil. La base estaría constituida por las condiciones naturales que son el fundamento de la economía y además por los instintos biológicos o pulsiones de los individuos que forman la sociedad. A este nivel de base todo ello entraría en un proceso de interacción y de este proceso surgirían los instintos ya socializados, de los que a su vez surgirían las ideologías. No obstante, esta interacción debe entenderse como un proceso donde los instintos o pulsiones son concebidos de forma puramente pasiva, es decir, como algo en lo cual las condiciones estrictamente materiales impriman su marca.

Ante esto cabe preguntarse: ¿qué psicoanálisis es ese donde la oposición entre pulsiones y realidad sociocultural queda reducida a la ficción de una

materia y una forma «hilemórfica» donde la pulsión en lugar de ser indomable en su búsqueda de placer se doblega sin chistar a lo que le llega de fuera?, ¿qué lugar cabe en ese psicoanálisis para la represión?; o si se quiere en lenguaje freudomarxista, ¿qué «materialidad» es la de esas pulsiones que no se resisten en absoluto a la «materialidad» de las condiciones naturales y económicas? Y unas cuestiones similares pueden hacerse desde la perspectiva marxista. Porque ¿qué marxismo es ése donde la base son las pulsiones biológicas de los individuos y no, exclusivamente las relaciones sociales de producción?, ¿no es la teoría marxista estrictamente sociológica y no un materialismo de cuño naturalista-biológico,

Volviendo una vez más a las discusiones de los intelectuales soviéticos de aquellos años no podemos hacer otra cosa que constatar la absoluta ineficacia de los argumentos freudomarxistas para aquellos a los que pretendían convencer. Los freudomarxistas no cayeron en la cuenta de que tanto como el error de idealismo fue detestado —como vimos— el error de eclecticismo. Y un eclecticismo bien burdo es lo que estaban haciendo con sus intentos de «síntesis». Con casi medio siglo de distancia podemos ahora entender porqué la solución freudomarxista fue una pseudosolución. Algo que contemplamos en la lejanía del tiempo y cuyo valor para quien hoy pretenda profundizar en las relaciones entre freudismo y marxismo no es otro que el de un propedeuticum histórico. Para quien pretende tal profundización, pensamos, quizá sería más fructífero no olvidar que el puente entre psicoanálisis y materialismo histórico se encuentra en el hecho de que ambos tienen un objeto común, que no es otro que los individuos socializados en una forma histórico-social concreta, al que cada uno con su propio método tratan de convertir en un sujeto. Con palabras de Dahmer: «Por esto el psicoanálisis y el materialismo histórico tienen que coexistir corrigiéndose mutua y críticamente. El que ellos pueden reencontrarse en su "objeto" común, un "objeto" cuya peculiaridad radica en que puede llegar a ser sujeto, es desde luego algo tan cierto como lo es su (al menos, por ahora) insuperable diferencia».²¹

RESUMEN

El propósito de este artículo es situar la obra de los freudomarxistas de los años veinte y treinta en su contexto histórico a fin de comprender debidamente el significado de su obra. Este contexto fue creado desde dos perspectivas. En primer lugar, la psicoanalítica que a partir de *Totem y Tabú* se vio legitimada a afrontar los temas sociológicos, cosa que se hizo con un gran reduccionismo psicológico. Con los fenómenos revolucionarios los autores psicoanalistas se comportaron en sus interpretaciones de una forma absolutamente psicologista y con un desconocimiento total de las fuentes del marxis-

21. 1973, 260.

mo. En este sentido, Freud es un caso ejemplar entre los psicoanalistas. Por parte marxista, las cosas fueron similares. Además del antipsicologismo tradicional del marxismo hay que tener en cuenta el carácter igualmente reduccionista y metafísico, economicista y dogmático que tomó el marxismo en la III Internacional dominada por los teóricos stalinianos. A las críticas que éstos hicieron a todo tipo de psicología dentro de Rusia a finales de los años veinte e inicios de los treinta, se añade dentro del ámbito alemán el recelo ante las pretensiones psicoanalíticas de explicar psicológicamente todo fenómeno social y revolucionario. La consecuencia es que el psicoanálisis es atacado abiertamente por los marxistas soviéticos. Surge entonces un grupo de psicoanalistas de orientación marxista que trata de encontrar una mediación entre ambos sistemas. Al mismo tiempo pretende completar el marxismo con una psicología materialista que explique el comportamiento irracional —por inesperado según las predicciones marxistas— de las masas revolucionarias en la época prenazí y nazí. A pesar de que pueden reconocerse algunos logros a sus intentos —relativización sociológica de algunas categorías psicoanalíticas, crítica al psicologismo freudiano, desvelamiento de la insuficiencia psicológica del materialismo histórico, etc.—, éstos fueron un fracaso en lo que respecta a su propósito fundamental. La razón fundamental es que no renunciaron a considerar el marxismo como el sistema metafísico cerrado según la concepción staliniana. Desde esta perspectiva, lo único que hicieron es despojar al psicoanálisis de los elementos que pudieran entrar en conflicto con el marxismo de un modo formal y extrínseco, para luego defenderlo como la psicología materialista y dialéctica que requería el materialismo histórico.

RESUME

Le but de cet article est de situer l'oeuvre des freudomarxistes des années 20 et 30 dans leur contexte historique à fin de comprendre ce qu'elle signifie. Ce contexte fut créé d'après deux perspectives: tout d'abord la perspective psychanalyste qui à partir de Totem et Tabou s'est vue légitimement poussée à affronter les thèmes sociologiques, ce qui se fit dans un cadre de psychologisme très étroit.

Les auteurs psychanalyste interprétèrent trop psychologiquement les phénomènes révolutionnaires, en méconnaissant totalement les sources du marxisme. C'est en ce sens que Freud est l'exemple type des psychanalystes. De leur côté les marxistes agirent de même.

En plus l'antipsychologisme traditionnel, il faut tenir compte du caractère réductionniste et métaphysique, economiciste et dogmatique qui prit le marxisme pendant la III^e Internationale absolument dominée par les théoriciens staliens.

Aux critiques faites par ces derniers à tout type de psychologie dans la

Russie de la fin des années 20, début des années 30, il faut ajouter la crainte des allemands face aux prétentions psychanalytiques d'expliquer psychologiquement tout phénomène social et révolutionnaire.

La psychanalyse est alors ouvertement attaquée par les marxistes soviétiques. C'est alors qu'apparaît un groupe de psychanalystes d'orientation marxiste qui essaie de rapprocher les deux systèmes. Il prétend en même temps compléter le marxisme par une psychologie matérialiste qui expliquerait le comportement irrationnel (parce qu'inattendu d'après les prédictions marxistes) des masses révolutionnaires à l'époque prénazie et nazie.

Même si nous nous devons de leur reconnaître quelques succès dans leur entreprise —la relativisation sociologique de certaines catégories psychanalytiques, la critique du psychologisme freudien, le dévoilement de l'insuffisance psychologique du matérialisme historique, etc...) ils échouèrent dans leur but fondamental. Et ils échouèrent parce qu'ils continuèrent à considérer le marxisme comme le système métaphysique fermé d'après la conception stalinienne.

D'après cette perspective ils ne firent que dépouiller la psychanalyse des éléments qui entrèrent en conflit avec le marxisme d'une façon formelle et extrinsèque pour ensuite le défendre en tant que psychologie matérialiste et dialectique qui avait besoin du matérialisme historique.

SUMMARY

The present article aims at situating within its historical context the work of the freudomarxists of the twenties and the thirties, in order to duly understand its signification. This historical context was given by two perspectives. In the first place, the psychoanalytical perspective which, starting from *Totem and Taboo*, legitimated the treatment of sociological subjects. This was done with considerable psychological reductionism. As far as the revolutionary phenomena is concerned, the psychoanalytic authors, in their interpretations, adopted an absolutely psychologistic attitude, showing a complete ignorance regarding the sources of marxism. In this sense, Freud is a perfect example among psychoanalysts. On the marxist side, something similar occurred. In addition to the traditional antipsychologism of marxism, there appears the character equally reductionist and metaphysical, economicist and dogmatical adopted by marxism at the II International, dominated by the Stalinist theorists. Furthermore, besides the criticism expressed by these theorists concerning all types of psychology within Russia at the end of the nineteen twenties and the beginning of the thirties, one has to take into account, within the German area, a suspicion towards the psychoanalytical pretensions in the sense of explaining psychologically any given social and revolutionary phenomenon. Consequently, the psychoanalysis is openly attacked by Soviet marxists. In these circumstances a group of psychoanalysts

with marxist orientation appears which tries to mediate between the two systems. Simultaneously its members pretend to complete marxism by way of a materialist psychology able to explain the irrational behaviour —irrational, because unforeseen by marxist predictions— of the revolutionary masses during the pre-nazi and nazi period. Although they can be credited with having attained some of their purposes —sociological relativization of certain psychoanalytical categories, criticism of Freudian psychologism, uncovering of the psychological inadequacy of historical materialism, etc.— yet they failed in their fundamental aim. This is basically due to the fact that the group was not ready to abandon the view of marxism as a closed metaphysical system according to the Stalinist conception. From this point of view, they merely detached from the psychoanalysis those elements which might come into conflict with marxism in a formal and extrinsic way, in order to uphold it as the materialistic and dialectic psychology required by historical materialism.

BIBLIOGRAFIA

- ADORNO, Th. W. y HORKHEIMER, M.: *La sociedad*, Buenos Aires, 1964.
 BERNFELD, S.: *Ausgewählte Schriften*, Darmstadt, 1969.
 BREDE y otros: *Psychoanalyse als Sozialwissenschaft*, Frankfurt, 1971.
 CAPARRÓS, A.: *El carácter social según Edich Fromm*. Salamanca, 1975.
 DEBORIN, A. M.: «Ein neuer Feldzug gegen den Marxismus»: *Unter dem Banner des Marxismus II* (1928), 44-67.
 FEDERN, P.: *Zur Psychologie der Revolution: Die vaterlose Gesellschaft*. Viena, 1919.
 FENICHEL, O.: «Über die Psychoanalyse als Keim einer zukünftigen dialektisch-materialistischen Psychologie»: *ZPPS I* (1934), 43-62.
 FREUD, S.: *Obras Completas*, 3 vols., Madrid, 1948-1968 (I-II, 1948; III, 1968).
 FROMM, E.: *Analytische Sozialpsychologie und Gesellschaftstheorie*. Frankfurt, 1970. (Están contenidos los principales artículos de Fromm sobre la temática de nuestro artículo).
 HORKHEIMER, M.: *Die gegenwärtige Lage der Sozialphilosophie und die Aufgabe eines Instituts für Sozialforschung*. Frankfurt, 1931.
 JONES, E.: *Vida y obra de S. Freud*, 3 vols., Barcelona, 1970.
 JURINEZ, W.: «Psychoanalyse und Marxismus»: *Unter dem Banner des Marxismus* 1(1925).
 KORNAT, A.: *Psychoanalyse und Soziologie*. Viena, 1920.
 McLeish, J.: *Soviet Psychology*. Londres, 1975.
 REICH, W.: *Dialektischer Materialismus und Psychoanalyse*. Edición 2.ª (aum) Copenhague, 1934 (original 1929).
 SAPIR, I.: *Freudismus, Soziologie, Psychologie: Unter dem Banner des Marxismus* 3(1929), 937-952; 4(1930), 123-147.
 THALHEIMER, A.: *Die Auflösung des Austromarxismus: Unter dem Banner des Marxismus* 1(1926), 474-557.
 WOLMAN, B.: *Teorías y sistemas contemporáneos en Psicología*. Barcelona, 1971.

